

Viaje al país del tesoro de la amistad

Antonio Herrero Serrano, L.C.

Licenciado en filosofía y profesor de humanidades clásicas.

*A Alfonso Ortega Carmona, O.F.M. (1929-2018),
gran humanista y forjador de humanistas, como muestra de gratitud.*

Todo hombre lleva dentro retales de alma aventurera. Explorar y conquistar son a veces los torrentes por los que se desboca esa pasión. Pero el ímpetu de nuevos lances no sólo impele a surcar mares, vadear ríos, subir montes o, en nuestro tiempo, a dedicarse, por ejemplo, a los así llamados deportes de alto riesgo. También puede adentrarse con intrepidez en los escritos más destacados de siglos pasados. Ésa es la ilusión de estas páginas: la aventura de rastrear las pistas de un tesoro en varias regiones del pensamiento occidental, sobre todo en el grecorromano y en el cristiano. El terreno por descubrir es el de la amistad; y el tesoro, el buen amigo. Va a ser, por fuerza, apenas un reconocimiento de esa amplia zona, y no un análisis pormenorizado de cada palmo de tierra.

1. La amistad en el mundo cultural griego

Y nos abrimos al mundo clásico, concretamente a *Grecia*, cuna cultural de Europa.

Antes de la *filosofía* sobre la amistad, los griegos vivieron la *poética* – *poiética*, quizá mejor— de este valor humano. Antes lo practicaron, lo hicieron (ποιεῖν); luego lo expresaron en la *poética* de versos épicos. Poética y épica, hermanadas. Sólo en tercer lugar pasaron a *filosofar* sobre la amistad. La práctica antes que la teoría, como un viviente hýsteron-*próteron*, tan acorde con el espíritu activo y resuelto de aquellos griegos.

Ahí están los *poemas homéricos*, que se adelantan cerca de tres o cuatro siglos a las consideraciones de Platón y de Aristóteles sobre la amistad. En Homero la *poética* y la épica de la amistad se hermanan. Aún emociona y conmociona en la *Ilíada* la amistad entre Aquiles y Patroclo. La ira arrasadora del primero se va atemperando poco a poco con la sensibilidad del segundo.

Patroclo le pide que combata contra los teucros, pues están a punto de tomar las naves aqueas. Aquiles se niega. Sigue en poder de la ira, protagonista moral de más de la mitad del poema, ocasionada por el rapto de su esclava Briseida a manos de Agamenón. Pero cuando Patroclo, el amigo, le pide sus armas para que los troyanos lo confundan con él, y le solicita así mismo su tropa de mirmidones para salir, como otro Aquiles, a alejar a los troyanos, Aquiles se doblega, se apea de la ira y accede. Barrunta que Patroclo se encamina a la muerte, que no le puede venir más que de su propio rival: Héctor. Pero el hijo de Peleo admira la amistad que le profesa Patroclo y el gesto de querer aparecer como su *alter ego*, como segundo Aquiles, vestido con su propia armadura. Los mismos troyanos, al ver a Patroclo piensan que el hijo de Tetis «había renunciado a su cólera y había preferido la amistad»¹. La rapsodia XVI es, así, un himno dinámico a la amistad en medio de la guerra. Y en el canto final de la obra, Aquiles, ante Príamo que le pide, suplicante, el cadáver de su hijo, llora «unas veces a su padre; otras, a Patroclo»². Peleo y Patroclo, el padre y el amigo, respectivamente, quedan poco menos que equiparados en amor. Los lazos de la sangre y los de la amistad, equilibrados: ¡tanto puede la amistad!

En el universo de la *tragedia griega*, destaca la amistad entre Orestes y Pílates, unidos, en dichas y en desdichas, por el respeto y la fidelidad mutuas. Cuando Orestes se decide a matar a Clitemnestra, su madre, asesina de Agamenón su padre, Pílates es cómplice suyo: «Pílates, ¿qué haré?—le pregunta—¿He de matar a una madre?». El amigo le convence aludiendo a los vaticinios divinos: «¡Considera que vale más ser enemigo de todos que de los dioses!», recoge Esquilo en las *Coéforas*. Esa amistad profunda y ejemplar queda plasmada en estas confesiones de Orestes: «Somos hermanos por amistad, no por nacimiento»³. Amistad natural y fraternidad espiritual que llevan a Orestes a querer morir en lugar de Pílates. Los dos amigos han ido al pueblo bárbaro de Táuride para robarse la estatua de Artemisa y llevarla a Grecia. En el país de los tauros priva la más cruel xenofobia: se castiga con la muerte a todo extranjero. Y es Ifigenia la sacerdotisa encargada del macabro ritual. Pero esta vez, Ifigenia, sabiendo la procedencia de los dos extranjeros, aunque ignorando aún que uno de ellos es su hermano Orestes, le promete salvarle la vida si lleva un mensaje suyo a su familia de Argos, con la condición de que muera su compañero Pílates. Es entonces cuando en este horrible trance salta la lealtad del amigo: «Es vergonzoso que uno, lanzando

¹ *Ilíada*, XVI, 282.

² *Ibid.*, XXIV, 511-512.

³ *Ifigenia en Táuride*, 498.

a la desgracia los intereses de los amigos, se salve a sí mismo»⁴. San Agustín alabaré la amistad de estos dos héroes: «Querrían por lo menos morir uno por el otro al mismo tiempo, porque les resultaba peor que la muerte el no vivir juntamente»⁵. Vivir juntos y, si no, morir juntos: deseo propio de los amigos cabales.

En ese hemisferio de la cultura griega, serán luego *Platón* (c.428-347 a.C.) y *Aristóteles* (384-322 a.C.) quienes teoricen sobre la amistad, ya ampliamente personificada y escenificada en la literatura. Platón lo hace en *Lisis*, primer esfuerzo de inquisición en la filosofía griega por llegar a «definir» la amistad para acotarla de la simple utilidad que puede ofrecer el amigo. Aristóteles, principalmente en la *Ética a Nicómaco*, ve esta virtud como una de las columnas que sostienen su filosofía moral. En la *Ética a Nicómaco* reserva a la φιλία el libro VIII, sobre todo los capítulos octavo y noveno. En esa reflexión y regla de vida que escribe para su hijo, destaca que la amistad es base de la convivencia humana. Consiste más en amar que en ser amado⁶. Por eso, la amistad acrisolada no debe cerrarse en el círculo de los aduladores, que recompensan inmediatamente al amigo con la moneda de la alabanza y hasta de la zalamería. La meditación de Aristóteles se proyecta hacia la amistad desinteresada. Sin amistad, no se puede vivir. En la adversidad y en la prosperidad, el amigo es apoyo insustituible: «La presencia de los amigos en la buena fortuna lleva a pasar el tiempo agradablemente y a tener conciencia de que los amigos gozan con nuestro bien. Por eso debemos invitarlos a nuestras alegrías, porque es noble hacer bien a otros, y tenemos que rehuir invitarlos a participar en nuestros infortunios, pues los males se deben compartir lo menos posible. Con todo, debemos llamarlos a nuestro lado cuando han de sernos de ayuda»⁷. Particularmente es necesaria su presencia cuando vienen los reveses de la vida: «Los amigos se necesitan en la prosperidad y en el infortunio, puesto que el desgraciado necesita bienhechores, y el afortunado personas a quienes hacer bien»⁸.

⁴ *Ibid.*, 606-607.

⁵ «Vellent pro illo invicem vel simul mori, quia morte peius eis erat non simul vivere» (*Confesiones*, IV,6,11). Agustín está evocando la muerte de un amigo de la infancia y primera juventud al que quería tanto como los dos héroes de la tragedia griega entre sí. De este amigo se hablará páginas más adelante en este trabajo (cf. n. 5).

⁶ Cf. *Ética a Nicómaco*, lib. VIII, cap. 8.

⁷ *Ibid.*, Lib. VIII, cap. IX, 1171b 14-24.

⁸ *Ibid.*, Lib. VIII, cap. IX, 1170 a, 13-15.

Como resumen, el Estagirita escribe lapidariamente: «El hombre feliz tiene también necesidad de amigos»⁹. Y concluye el capítulo noveno calificando a estos amigos: «El hombre, pues, si ha de ser feliz, tendrá necesidad de amigos virtuosos». La amistad, como las otras virtudes, tiene en Aristóteles un fin eudaimónico. La ética aristotélica persigue el ideal de la felicidad, y la amistad es una columna que no puede faltar en el edificio de su ética. Si queremos un resumen del pensamiento aristotélico sobre la amistad, acudamos a esta síntesis que dejaba Pedro Laín-Entralgo: «En suma la amistad para Aristóteles consiste en querer y procurar el bien del amigo mismo, pero entendido éste como una realización individual de la naturaleza humana y, en definitiva, de la naturaleza universal. La perfección de ésta sería, pues, la meta de la amistad»¹⁰.

2. En el hemisferio de las letras latinas

Aquí se produce quizá una inversión en relación con la literatura griega: cronológicamente se reflexiona sobre la amistad antes de reseñar esculturas vivas de ella, al menos si aludimos a las obras más señaladas que han llegado hasta nosotros. Ya el poeta *Quinto Ennio* (239-169 a.C.), próximo al círculo de los Escipiones, deja en los pocos versos suyos conservados una definición del amigo cabal: «Amicus certus in re incerta cernitur»¹¹. Verso más original por la machacona aliteración, que por el contenido, pues recoge lo que leíamos ya en Aristóteles.

Un siglo más tarde, *Cicerón* (106-43 a.C.), en su ensayo *Sobre la Amistad*, tomará en préstamo esa misma caracterización del amigo¹². Sin duda que Ennio recogía en sus *Anales*, influidos por el estilo homérico, ejemplos de amistad en los héroes de sus versos. Esa obra, que tan mutilada nos ha llegado, ejerció a su vez notable influjo en Virgilio para su *Eneida*. Pues bien, el famoso tratadito de Cicerón es el texto imprescindible cuando se habla de la amistad, no sólo en las letras latinas, sino en el pensamiento occidental. El orador dedica las páginas a Pomponio Ático, con lo que, de paso, asienta ya otro testimonio vivo de su amistad: escribe sobre la amistad a un amigo. Por los personajes del diálogo expresa la importancia de conservar la amistad, tanto por la bondad que en sí encierra como por el nexo de concordia que establece entre los buenos. El orador y tratadista deja un prontuario de

⁹ *Ibid.*, Lib. VIII, cap. IX, 1170b17.

¹⁰ *Sobre la amistad*, Espasa Calpe, Madrid 1985, 42.

¹¹ *Tragedias*, v.351.

¹² *De amicitia*, n.64.

consejos: duración de la amistad (nn.33-35), leyes negativa (nn.36-43) y positiva (nn.44-61) de esta virtud, elección y cultivo de las amistades (nn.62-76), consejos para evitar las rupturas con los amigos (nn. 77-100). El de Arpino define la amistad como la concordia de todo lo divino y lo humano en la benevolencia y el amor. Y la exalta como el mayor don celestial; a la par, en todo caso, de la sabiduría¹³. Y al amigo verdadero lo define como espejo de uno mismo: «Verum enim amicum qui intuetur, tamquam exemplar aliquod intuetur sui»¹⁴. Pero también acota la amistad con prohibiciones. Por ejemplo, una de las prohibiciones contra la amistad, o de sus leyes negativas, exige romperla cuando el amigo nos pide comportamientos deshonestos — *res turpes*—: «Debe establecerse esta ley en la amistad: que ni pidamos cosas deshonestas ni las hagamos a ruegos de otros»¹⁵. Cuando esos hechos se dan, se pone de manifiesto que el supuesto amigo no era tal.

Aparte ese tratado, Cicerón fue un hombre que cultivó intensamente la amistad. Basta echar una mirada a los destinatarios de sus cartas: el ya citado Tito Pomponio Ático, Marco Junio Bruto... Y su oratoria encuentra muchas veces la motivación de la amistad: tiene que defender en sus discursos a amigos suyos: Tito Annio Milón, Lucio Licinio Murena... Precisamente en la defensa del poeta Arquias, Marco Tulio llega a confesar que su elocuencia tiene sentido y finalidad altruistas: «El ayudar a unos y salvar a otros»¹⁶, en la medida de sus posibilidades. Esto es manifiesto particularmente en el caso del poeta, pues el orador reconoce con gratitud que a la motivación e instrucción recibida de Arquias debe él buena parte de su formación retórica. Pero si Cicerón probó la amistad verdadera, también sufrió desengaños e infidelidades, generalmente por razones políticas¹⁷. Llama la atención que el orador y pensador latino, al definir la amistad —«omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensus»—, haya usado la palabra *caritas*, quizá dándole un grado mayor de afecto que al vocablo

¹³ «Est enim amicitia nihil aliud nisi omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensus; qua quidem haud scio an excepta sapientia nihil melius homini sit a dis immortalibus datum» (*De amicitia*, 20).

¹⁴ *Ibid.*, 23.

¹⁵ *Ibid.*, 40: «Haec igitur lex in amicitia sanciat, ut neque rogemus res turpes nec faciamus rogati».

¹⁶ *En defensa de Arquias*, 2.

¹⁷ Lo confesaba con estas palabras: «Adviertes qué variable y mudable es la sucesión de la vida, que movediza y voluble es la fortuna, cuántas infidelidades se dan en la amistad, cuantos fingimientos estudiados se dan en los trances difíciles, cuántas huidas de los amigos en los peligros, cuántas cobardías» (*En defensa de Milón*, 69).

precedente *benevolentia*. Será sobre todo el cristianismo el que exalte la *caritas* –ἀγάπη– como cima de la amistad¹⁸.

Séneca (c.4-65 d.C.), años más tarde, insiste en el tópico de tener al amigo como *alter ego*, condición indispensable para calar la amistad verdadera. «Si estimas a algún amigo, pero no crees en él tanto cuanto en ti mismo, te equivocas radicalmente y no conoces suficientemente la fuerza de la verdadera amistad»¹⁹. Y señala a continuación la necesidad de una criba precedente del amigo, para llegar a tenerlo como a otro yo. Sería lamentable examinar después de amar, para tener que prescindir de la amistad tras ese discernimiento. «Tú trata todo con tu amigo, pero antes delibera sobre él mismo. Después de establecer una amistad hay que tenerle fe, pero antes de la amistad hay que sopesar. Ponen estas tareas al revés quienes, en contra de lo que manda Teofrasto, juzgan cuando ya se han empleado en amar, y dejan de amar cuando tuvieron que juzgar sus amistades. Piensa mucho tiempo si tienes que acoger a alguien en tu amistad. Cuando te haya parecido bien hacerlo, admítelo de todo corazón. Habla con él con tanta valentía como contigo mismo»²⁰. Las dos últimas sentencias quedan retumbando en la mente como normas esenciales de la amistad: «Cum placuerit fieri, toto illum pectore admitte; tam audaciter cum illo loquere quam tecum».

Hay en la literatura latina definiciones más sencillas de la amistad que la de Cicerón. Siempre me ha parecido muy atinada ésta que recoge *Salustio*: «Idem velle atque idem nolle, ea demum firma amicitia est»²¹. Solo que el contexto y los labios de que sale son escalofriantes: Lucio Sergio Catilina. Y pronuncia la frase pocas horas antes de querer trastornar la república con un golpe de estado. En una arrebatada arenga exhorta a los conjurados ponderándoles la fuerza de su mutua amistad. ¡El enemigo de la democracia de Roma esculpe una lapidaria definición de la amistad compitiendo de antemano, sin saberlo, con las que ofrecerá décadas más tarde Cicerón en el ensayo *De amicitia*! Cicerón, enemigo mortal al que Catilina quiere destituir y destruir, plasma sus consideraciones en una prosa serena, alejada radicalmente de la convulsa exhortación que el historiador Salustio pergeña para Catilina. Lo que más llama la atención es que, por su atinada concisión, la definición del revoltoso Catilina se ha citado luego más incluso que la del cónsul que dinamitó la intentona de unos forajidos al mando del golpista.

¹⁸ Cf. más adelante el n.5 de este trabajo.

¹⁹ «Si aliquem amicum existimas cui non tantundem credis quantum tibi, vehementer erras et non satis nosti vim verae amicitiae» (*Epístolas*, I,3,2).

²⁰ *Ibid.* Cf. también *Epístolas* I, epist. 6.

²¹ *Conjuración de Catilina*, cap. 20.

«Idem velle atque idem nolle»: era lo que sentían Niso y Euríalo. Y hemos pasado ya a la amistad romana encarnada en los héroes y en la épica. Eneas mismo se duele de la pérdida del amigo Palinuro, el fiel timonel que cae a la mar, derrotado, ¡ay!, por el dios Sueño²². Pero en la Eneida es por demás enternecedora la amistad entre los dos jóvenes Niso y Euríalo. «His amor unus erat pariterque in bella ruebant»²³. Así caracteriza *Virgilio* (70-19 a.C.) la amistad teórica y práctica de estos dos jóvenes troyanos, aparecidos ya en el mundo de la *Ilíada*²⁴. Y se va a demostrar en el trance de la muerte. Euríalo, más bisoño en lances de peligro, ha pedido a Niso acompañarle para ir también en busca de Eneas. Niso no se rehúsa, pero, en caso de peligro, prefiere que le sobreviva el joven compañero²⁵. Dicho y hecho. Los rútilos sorprenden a Euríalo atrapado en el ramaje y lo apresan, mientras que Niso ha logrado escapar. Desde su escondite lanza dos venablos que atraviesan a sendos enemigos, Sulmón y Tago. Pero cuando Volcente va a hacer pagar al prisionero Euríalo las muertes ocasionadas por su amigo clandestino, Niso irrumpe gritando: «¡A mí, a mí! Soy yo el que lo hice. Contra mí volved las espadas, oh rútilos. La emboscada ha sido totalmente cosa mía. Este a nada se atrevió ni pudo atreverse. Pongo por testigos a este cielo y a estos sabedores astros. ¡Solo al desdichado amigo amó demasiado!»²⁶. «Tantum infelicem nimium dilexit amicum!»: el último verso bien vale no sólo como *epifonema* de la súplica del amigo; es también el *epitafio* de la amistad de Niso a Euríalo y, en general, de todo amigo cabal hacia el amigo fallecido. El mismo Virgilio no se contiene y, conmovido por tal prueba de amistad, rasga la narración, se asoma al sangriento escenario y teje el propio elogio de estos dos amigos en apóstrofe emocionado: «¡Afortunados ambos! Si mis versos pueden algo, no habrá jamás ningún día que os excluya del recuerdo de los siglos»²⁷. El ánimo siempre juvenil de Virgilio se siente impulsado a celebrar la epopeya de estos dos compañeros. Y si a mí se me permite también irrumpir en el recio cuadro virgiliano, confesaré que, en los estudios de humanidades, cuando cruzaba con mis compañeros de aula la misma edad que los dos protagonistas, a todos nos llenaba de emoción la historia de esta

²² *Eneida*, V, 852-871.

²³ *Ibid.*, IX, 182. «Les unía un mismo amor, y a la par se lanzaban a las batallas».

²⁴ Cf. X, 220-578.

²⁵ «Si quis in adversum rapiat casusve deusve, te superesse velim, tua vita dignior aetas» (*Eneida*, IX, 211-212).

²⁶ *Eneida*, IX, 427-430. «Me, me, adsum qui feci, in me convertite ferrum, o Rutuli! Mea fraus omnis, nihil iste nec ausus nec potuit; caelum hoc et conscia sidera testor. Tantum infelicem nimium dilexit amicum!».

²⁷ *Ibid.*, IX, 446-447.

amistad. Desbrozábamos entonces, no sin sudor y en los duros bancos salmantinos, los a veces enmarañados hexámetros virgilianos. Nos guiaba en el aprecio de Virgilio y de Horacio un gran humanista, Alfonso Ortega Carmona, fallecido hace unos meses. En sus clases de poética latina, este sabio y ameno franciscano no se cansaba de llamar a Virgilio el *poeta de la juventud* y, sobre todo, el «*poeta noster*», aprovechando el título que le diera ya san Agustín²⁸ y le remachara Dante Alighieri, otro devoto virgiliano²⁹.

El episodio de los dos amigos fieles en la vida y en la muerte une inextricablemente el *idem velle, idem nolle* salustiano con el *amicus certus in re incerta cernitur* de Ennio. Niso y Euríalo son la encarnación de esas definiciones de la amistad y del amigo. A ellos también les cuadra la valoración que Agustín de Hipona hacía de la amistad de Orestes y Pílates, recordada arriba: o vivir juntos o morir juntos. ¡A fe que esa página virgiliana es de las más bellas de la antología universal de la amistad!

Además de esa lámina épica, Virgilio dedica a la amistad sus *Bucólicas*. Los pastores de sus églogas suelen estar enlazados por esa virtud humana. La sensibilidad plasmada por el poeta al tratar y retratar la amistad era el trasvase, a los versos, de una vida llena de amigos. Mecenas y Horacio, los más grandes. Y, gracias a Mecenas, Horacio y Virgilio no sólo fueron amigos fieles, sino que accedieron a la amistad con el mismo Augusto.

Prueba de la recíproca amistad nos la da *Horacio* (8-65 a.C.) cuando en sus odas llama a Virgilio: «*Animae dimidium meae*»³⁰. Y al poeta «mitad de su alma» le dedica uno de sus poemas³¹ para consolarle por la muerte de Quintilio Varo, otro gran amigo de Virgilio. Horacio mismo empieza el primer libro de sus odas o *Carmina* con un elogio a Mecenas. Le llama: «amparo y dulce decoro»³², a la par que exalta su propia vocación de poeta nutrida por la liberalidad de Mecenas. Poemas más adelante le reconoce «parte de mi alma»³³, sin la que él, la otra parte, no puede vivir completo. Y admite para ambos el mismo sino: «A ambos nos une de modo increíble el mismo astro»³⁴. Podría pensarse que Horacio es interesado en la amistad

²⁸ Cf. *Contra academicos*, 3,9.

²⁹ «*Divinus poeta noster*» (*De Monarchia*, III, 6).

³⁰ *Odas* I,3,8.

³¹ *Ibid.*, I,24. Se cree que el poema IV,12, dirigido a un tal Virgilio, se refiere a un personaje distinto del poeta de Mantua.

³² «*O et praesidium, dulce decus meum*» (*Odas*, I,1,2).

³³ «*A, te meae si partem animae rapit maturior vis, quid moror altera, nec carus aequo nec superstes integer?*» (*Odas*, II,17,5-8).

³⁴ *Odas*, II,17,21-22.

con Mecenas; por eso, porque era su protector, su *mecenas* –nunca mejor usada la metonimia–. Pero, en descargo de esa observación, hay que señalar también que a Virgilio le dedica parecidos elogios de amistad; y no le debía grandes favores pues, como él, era protegido cabe Mecenas. En cambio el poeta de Venusia sí cede terreno a la zalamería cuando adula excesivamente a Augusto³⁵, el todopoderoso emperador.

Si ese fue el terreno práctico de su experiencia de la amistad, Horacio también dejó algunos principios teóricos iluminadores en el cultivo de este valor. De sobra conoce el poeta que todos tenemos defectos³⁶, también los amigos, pero al considerarlos propone como guía para la amistad tratarlos como el enamorado los errores de su amiga: los llama cualidad, no defecto. Horacio concluye: «Quisiera yo que nos equivocáramos así en la amistad y que la virtud pusiera al defecto un nombre honroso»³⁷. Del ejemplo del novio pasa al del padre, que atenúa los defectos de los hijos con eufemismos: «No debemos sentir repugnancia si encontramos algún vicio en el amigo, como tampoco la siente el padre de los que tiene su hijo». Y lo concreta con graciosa ironía: si el hijo es tuerto, el padre lo deja sólo en bizco; y el que tiene un hijo enano lo llama pollito³⁸. Horacio establece para la amistad: «Cuando el buen amigo sopese –cosa bien justa– mis muchos vicios con mis cualidades, si son más numerosas las cualidades, inclínese hacia éstas, si es que quiere que yo también le ame. Con este mismo criterio le pondré a él en idéntica balanza»³⁹. De nuevo, la última frase es sentenciosa: «Hac lege in trutina ponetur eadem». Sin duda, una regla certera para la amistad: inclinar la balanza más a las cualidades reales que a los defectos de los amigos. Quizá ahora el poeta no está tan lejos de la que se ha llamado *regla de oro* del amor o de la caridad, que aparece en la Sagrada Escritura y que comparten varias religiones.

Si hay que hablar de la amistad despechada, tenemos que tocar a la puerta de los versos de *Publio Ovidio Nasón* (43 a. C.- 17 d.C.). La antigua amistad con Augusto, despeñada hasta quedar convertida, de pronto y sin causas del todo claras, en desprecio y destierro, arrancó al poeta sus *Tristia*. Si hasta ahora estas líneas se han detenido especialmente en las alabanzas en honor de la amistad y de los amigos, Ovidio presenta no ya un *elogio*, sino una

³⁵ Se advierte claramente en *Odas* IV, 5. Parecidos ditirambos en *Odas* IV, 14 y 15; *Epíst* II, 1.

³⁶ «Nam vitii nemo sine nascitur; optimus ille est, qui minimis urgetur» (*Sátiras*, I,3,68-69).

³⁷ *Sátiras*, I,3,41-42.

³⁸ *Ibid.*, I,3,43-45.

³⁹ *Ibid.*, I,3,69-72.

elegía por la amistad fallida y perdida con el emperador. *Tristia* –*Tristes*– es un título más que certero para esos lamentos. El poeta está en Tomis, cerca del Mar Negro, en la actual Rumanía. Allí, entre bárbaros, hasta el latín –dice– se le está olvidando⁴⁰. El poema noveno del primer libro condensa esa aflicción desde los primeros versos. Va a sintetizar el aguafuerte de su alma desolada en un dístico sentencioso que es la moraleja de los sesenta y seis versos del fragmento: «Donec eris felix, multos numerabis amicos:/ tempora si fuerint nubila, solus eris»⁴¹. Y esa enseñanza la va a dejar esculpida expresivamente en vivas imágenes con que se dirige al lector para que la aprenda y grabe en su vida: «Contemplas cómo las palomas llegan a posarse en los blancos tejados, y en cambio la lóbrega torre no aloja ninguna ave». Y de los tejados baja sus comparaciones a los suelos: «Jamás las hormigas se dirigen a hórreos vacíos». Para concluir los símiles con este epifonema, remachando la moraleja inicial: «Ningún amigo se encaminará a las riquezas perdidas»⁴². En sus versos, el poeta reemplaza, en cierto modo, o por lo menos compensa, la amistad fracturada que le unía a Augusto por la que vuelca ahora sobre el amigo lector de sus cuitas y lamentos. Se entrevé esa cercanía en la súplica que eleva en la cabecera misma del poema: «Detur inoffenso vitae tibi tangere metam,/ qui legis hoc nobis non inimicus opus./ Atque utinam pro te possint mea vota valere,/ quae pro me duros non tetigere deos!»⁴³. Petición sincera para que al amigo lector –o, por lo menos, «non inimicus», como deja ver la lýtotes– no le suceda la desgracia de la pérdida de la amistad, que a él ni siquiera los dioses le han ahorrado. Desde luego, ¡un deseo altruista loable que nace de la postración en que se debate Ovidio!

⁴⁰ «Si algunas de mis expresiones parecen casualmente como no dichas en latín, la culpa la tiene la región bárbara en que las he escrito» (*Tristes*, lib.III,1,17-18). «No hay aquí ningún libro, ni se halla presente nadie que me preste oídos ni que sepa qué quieren decir mis palabras. Todos los lugares son de voces de fieras y todos están llenos del temor que infunden los sonidos enemigos [del idioma gético]. Me da la impresión de que ya he olvidado el latín, pues he aprendido a hablar en gético y en sarmático» (*Tristia*, V,12,53-58).

⁴¹ *Tristia* I,9,5-6. «Mientras seas feliz, podrás contar muchos amigos. Si los tiempos se vuelven nublados, te quedarás solo» En algunos códices aparece *sospes*, en lugar de *felix*. Como es sabido, este dístico lo cita Miguel de Cervantes en su original latino en el prólogo de la primera parte de *El Quijote*; solo que al hacerlo de memoria se lo atribuye a Catón, no al desterrado poeta. A veces no solo dormita y se equivoca el bueno de Homero (cf. *Horacio*, *Arte Poética*, 359), sino, como se ve, también Cervantes, y posiblemente ha cabeceado más –ha tenido más inexactitudes en su obra– que el mismo Homero. Pero esas zarandajas no quitan mérito a los genios.

⁴² *Ibid.*, I,9,7-10.

⁴³ «A ti, amigo y de vida intachable, que lees esta obra se te conceda alcanzar la meta. Y ojalá mis súplicas por ti sean valiosas, pues las mías no conmovieron a los dioses».

3. En los libros sapienciales de la Biblia

De la región clásica grecolatina del país de la amistad, podemos dar un paso a otra, que es muchas veces simétrica: la *judeocristiana*. Partimos de los elogios que la *Biblia* tributa a la amistad. El libro de los *Proverbios* y el del *Sirácida* le dedican muchos versículos⁴⁴. Los pensamientos ahondan en el sentir humano acerca de ese valor. Por eso se nutren de la misma savia que los literatos griegos y latinos destacados arriba: la *humanitas*. Se pondera el don de tener un amigo: es tesoro, medicina... Destaca el elogio del libro del *Sirácida* (6,5-17): «Un amigo fiel es apoyo seguro; el que lo encuentra, encuentra un tesoro. Un amigo fiel no tiene precio, no se puede ponderar su valor. Un amigo fiel es medicina de vida; los que temen al Señor lo encontrarán. El que honra al Señor cuida su amistad, porque su amigo será como sea él»⁴⁵. Y se incide nuevamente en la necesidad de probar al amigo, o en que la amistad se descubre y acrisola en el tanteo o tiento —*tentatio, temptatio*— de la prueba, que equivale a la *res incerta* de Ennio: «Si te echas un amigo, hazlo con tiento, y no tengas prisa en confiarte a él. Porque hay amigos de conveniencias, que te abandonan cuando llega la adversidad»⁴⁶. Este prontuario lo confirman con obras varios ejemplos de amistad. Quizá el más luminoso y muchas veces ponderado sea el de David y Jonatán. «Jonatán hizo un pacto con David, porque lo quería como a sí mismo»⁴⁷. Su alma se aglutinó en una sola, como expresa gráficamente el texto de la Vulgata: «Anima Jonathæ conglutinata est animæ David, et dilexit eum Jonathas quasi animam suam»⁴⁸. La expresión se repite aún otra vez⁴⁹ y es similar a la horaciana con respecto a Virgilio: «animæ dimidium meae». Y es que la amistad auténtica se nutre del mismo amor al hombre sea en el terreno bíblico, sea en el pagano, y tiende lazos, sin parar mientes en las distintas culturas.

Esa intensa amistad la refleja la elegía del rey al recibir la noticia de la muerte de Saúl y de su hijo Jonatán: «¡Qué angustia me ahoga, hermano mío, Jonatán! ¡Cómo te quería! Tu amor era para mí más dulce que el amor

⁴⁴ Por ejemplo: Prov 6,3; 6,6-17; 11,12; 12,26; 27,10. Sir: además de 6, 5-17, están, por ejemplo: 9,14; 25,12; 27,20.

⁴⁵ Sir 6,14-17.

⁴⁶ Sir 6,7-8.

⁴⁷ 1 Sam 18,3.

⁴⁸ 1 Sam 18,1.

⁴⁹ Cf. 1 Sam 20,17.

de las mujeres!»⁵⁰, frases gráficas para describir la excelencia insuperable de ese amor de verdaderos amigos.

4. El mundo cristiano de la amistad

El viaje por el mundo cristiano de la amistad lleva, forzosamente, al Evangelio. Jesús elige a los doce apóstoles. No los trata como siervos; que hubiera sido una relación utilitarista sin que hubiera rebasado, como mucho, los diques de la amistad *interesada*: compañeros para que le sirvieran; siervos suyos, al fin y al cabo. Ni siquiera su trato con ellos es sólo de maestro, aunque así se refieran a él los doce elegidos⁵¹ porque les enseña como ningún otro. Los llama *amigos*: «En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre»⁵². Como amigos, les permite conocer lo que hace su Señor, acceder a sus secretos, a su vida más íntima. A ella no podrían llegar en calidad de siervos. Y esa vida es la que él comparte con el Padre. Entre él y ellos se establecerá una sociedad y alianza de amistad inquebrantable, la mayor posible en esta tierra, pues quedará sellada con la sangre: él la dará por ellos; muchos de los suyos la derramarán por él. «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos»⁵³, había enseñado él. Y dio esa lección de amistad: murió por ellos. Nadie nunca ha superado este su ejemplo de amistad *desinteresada*, desbordada ya de la *philia* a la *agápe*. Y ellos aprendieron la lección del Maestro: murieron también por él, casi todos cruentamente. De nuevo aparece lo que ya espigábamos en el mundo clásico: el querer morir por el amigo o por los amigos es la cima de la amistad.

De los doce amigos hay dos con los que él prodiga más su afecto. A Juan le permite incluso recostarse en su pecho durante la última cena⁵⁴, y el mismo Juan se retrata —o, si no es él quien redacta el cuarto evangelio, así lo presenta el redactor— como «el discípulo al que Jesús tanto quería»⁵⁵. A Pedro, junto al lago, al amanecer, en un escenario natural propicio para los ascendidos, tres días antes, a la dignidad de amigos, Jesús le dirige una vez la pregunta: «¿Me amas más que estos?», y a continuación, dos veces esta otra:

⁵⁰ 2 Sam 1,26.

⁵¹ Cf. Jn 13,13.

⁵² Jn 15,15.

⁵³ Jn 15,13-14.

⁵⁴ Cf. Jn 13,23,25.

⁵⁵ Jn 13,23.21,7

«¿Me amas?»⁵⁶. Examen sobre la amistad, sin duda. A ellos dos y a Santiago les permite vivir con él la transfiguración en el Tabor y la desfiguración en el Getsemaní.

En el Evangelio aparece también la especial predilección de Jesús por Lázaro de Betania. Era tal la amistad del Maestro por él que, cuando cayó enfermo, sus hermanas mandaron a decirle: «*El que amas* está enfermo»⁵⁷. Como si *El-que-amas* —o, más directamente, *el Amigo*— fuera, al menos en esta ocasión, el nombre propio de Lázaro. Prueba de que sus hermanas sabían cómo lo estimaba Jesús. Y en el momento previo al milagro, hasta la multitud lo reconoce: «¡Cómo lo quería!»⁵⁸.

Estos sencillos acercamientos dejan bien claro que el Evangelio es terreno firmísimo de la amistad. Y a esa amistad —*philia*— en sus páginas se la llama caridad —*agápe*—.

San Pablo bordará más adelante sus trazos o cualidades en el llamado *himno de la caridad*⁵⁹. Ese retablo de dieciséis características es de lo más elevado que se ha esculpido sobre la amistad-caridad.

San Juan, avezado a la *agápe* con que le distinguió el Maestro, va a indagar luego el origen de esa amistad que palpó en el mismo Dios. Y por eso va a afirmar no sólo que la caridad viene de Dios⁶⁰, sino que «Dios es caridad»⁶¹. Dios es la misma amistad en el grado más alto. Con esto se ha tocado la cúspide de la amistad.

5. En la historia del cristianismo de los primeros siglos: los Santos Padres

Mirando a Oriente, salta a la vista la amistad entre dos santos: *Basilio Magno* (h.329-379) y *Gregorio Nacianceno* (h.329-389). Este, en el sermón número 43, oración fúnebre en alabanza de Basilio, lo evidencia. Comenta que su rivalidad en la amistad era no pelear por el primer puesto, sino ver quién se lo cedía al otro, y que cada uno consideraba gloria propia la del otro. Lograr la virtud era el único afán e interés para ambos: «Unum utri-

⁵⁶ Jn 21,15-17.

⁵⁷ Jn 11,3.

⁵⁸ Jn 11,36.

⁵⁹ Cf. I Cor 13,4-8.

⁶⁰ Cf. I Jn 4,7.

⁶¹ *Ibid.*, 4,8.

que opus et studium virtus erat»⁶² —en la traducción latina—. Leemos frases como ésta, que refleja la intensidad de tal afecto: «Con el pasar del tiempo, nos manifestamos el deseo mutuo que nos unía, y que era el estudio de la sabiduría —la filosofía— lo que nos importaba. Éramos ya todo el uno para el otro: compañeros de casa, de mesa, unidos de corazón. Mirando a una y a la misma cosa, estrechábamos cada día con más intensidad y solidez nuestro deseo»⁶³. Y sintetiza la descripción de su amistad con este epifonema: «Una utrique anima videbatur, duo corpora ferens»⁶⁴. Cada uno como *alter ego* del otro. De nuevo parece que estamos leyendo frases anteriores en que los clásicos definían al amigo.

En el pulmón occidental del cristianismo, me detengo en dos santos Padres cuya vida se entrecruzó providencialmente. *Ambrosio de Milán* (h.340-397), muy imbuido del *humus* y de la *humanitas* tanto latinas como cristianas, escribe sobre la amistad. Le reserva dos capítulos —XXI-XXII— del tratado *De officiis ministrorum*. Deudor en su título, estructura y estilo, como es sabido, del *De officiis* de Cicerón, pero, en su contenido, rebosante de la sabiduría bíblica, sobre todo del Sirácida y de los Proverbios: «Abre tu pecho al amigo, para que te sea fiel y tomes de él la alegría de tu vida. *El amigo fiel es medicina de vida y gracia de inmortalidad* (Sir 6,16). Trata a tu amigo como a un igual, y no temas adelantarte a él en el servicio. La amistad ignora la soberbia»⁶⁵. Y, como bastidor vivo de sus reflexiones, extiende el ejemplo de amistad de David y Jonatán.

Contemporáneo y admirador de Ambrosio, a quien tiene por amigo que le lleva a la verdad de las Escrituras y de Cristo, *Agustín de Hipona* (354-430), experimenta la amistad como necesidad vital. Sin amigos no hay Agustín. En las *Confesiones* se dan recuerdos de varios amigos a los que le unió la verdadera amistad humana y cristiana. A los poco más de veinte años, gozaba de la amistad, tan intensa como breve, de un joven de su edad, si bien conocido desde la infancia cuando ambos eran estudiantes. Agustín no nos da su nombre pero, como he apuntado arriba⁶⁶, no duda en manifestar que su mutua amistad no iba a la zaga de la que unía recíprocamente a Orestes

⁶² «La única tarea y afán para ambos era la virtud» (*Sermón* 43, 19-21. PG 520-523).

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ «Parecía que teníamos un alma en dos cuerpos» (*Ibid.*).

⁶⁵ «Aperi pectus tuum amico, ut fidelis sit tibi et capias ex eo vitae tuae jucunditatem. *Fidelis enim amicus medicamentum est vitae, et immortalitatis gratia* (Sir 6,16). Defer amico ut aequali, nec te pudeat ut praevengas amicum officio; amicitia enim nescit superbiam» (cap. 22, n.128)

⁶⁶ Cf. n. 1.

y Pílates. Breve experiencia, porque duró apenas un año, por la muerte del amigo. Pero, sí, muy intensa: la amistad con este compañero fue para Agustín «dulcis nimis» y suave «super omnes suavitates illius vitae meae»⁶⁷. Sin él no podía ya vivir: «Et non poterat anima mea sine illo». Se comprende por qué su muerte lo fue también moralmente para Agustín. Se sumaba, además otro motivo de preocupación para el de Tagaste: este amigo se había bautizado cuando estaba inconsciente, en medio de la enfermedad. Al volver en sí, el aún pagano Agustín quería chancearse con él por haber recibido el sacramento sin darse cuenta. El amigo lo dejó seco con su respuesta: si quería seguir siendo su amigo, tendría que dejar de lanzarle tales burlas⁶⁸. A los pocos días de ese incidente, le vino la muerte. Agustín quedó sumido en total desasosiego y hecho una pregunta viviente para sí mismo:

¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Le buscaban por todas partes mis ojos y no parecía. Y llegué a odiar todas las cosas, porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando venía después de una ausencia: “He aquí que ya viene”. Yo era para mí un gran interrogante⁶⁹.

Para él la amistad con este compañero era tener un alma en dos cuerpos. Hermosa definición agustiniana de la amistad, que completa o glosa la caracterización «dimidium animae» del poeta Horacio, citado también por Agustín⁷⁰. Amistad como *aglutinación* o *conglutinación* de almas, que hace que un mismo espíritu, con su carga de juicios, emociones y sentimientos, esté en dos cuerpos diferentes: «sensi animam meam et animam illius

⁶⁷ «Dulce sobremanera [...]. Más dulce para mí que todas las dulzuras de aquella mi vida» (*Ibid.*, IV,4,7).

⁶⁸ *Ibid.*, IV,4,8.

⁶⁹ «Quo dolore contenebratum est cor meum, et quidquid aspiciebam mors erat. Et erat mihi patria supplicium et paterna domus mira infelicitas, et quidquid cum illo communicaveram, sine illo in cruciatum immanem verterat. Expetebant eum undique oculi mei, et non dabatur; et oderam omnia, quod non haberent eum, nec mihi iam dicere poterant: “Ecce veniet”, sicut cum viveret, quando absens erat. Factus eram ipse mihi magna quaestio» (*Ibid.*, IV,4,9).

⁷⁰ «Bene quidam dixit de amico suo: ‘dimidium animae suae’ [Hor *Carm.*, 1,3, dicho de su amigo Virgilio; cf. n. 1 de este trabajo]. Nam ego sensi animam meam et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus 33, et ideo mihi horrori erat vita, quia nolebam dimidius vivere, et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram» (*Confesiones*, IV,6,11).

unam fuisse animam in duobus corporibus»⁷¹. La misma experiencia que, como se ha comentado, tuvieron Basilio y Gregorio.

A Alipio, otro amigo, discípulo suyo y, como él, de Tagaste, lo llama «hermano de mi corazón»⁷². Los dos compartieron el catecumenado.

Nebridio es también «amicus dulcissimus et mitissimus»⁷³ «dulcis amicus meus»⁷⁴. Como apasionado buscador de la verdad que era —«inquisitor ardentissimus veritatis»⁷⁵—, se convirtió al cristianismo, y no mucho después murió.

Su amor de amistad con Alipio y Nebridio era desinteresado. Lo confiesa él mismo: «A estos amigos los amaba desinteresadamente y yo sentía que, a cambio, ellos también me amaban con desinterés»⁷⁶. No me parece exagerado señalar que ese amor desinteresado o gratis era su norma en toda amistad. Pocos espíritus humanos han sentido tan intensamente cómo la amistad les cautivaba el alma.

Conversar, reír, leer junto a sus amigos, divertirse en su compañía; incluso corregirse mutuamente... Agradable y pintoresco el cuadro con que Agustín describe la amistad en acción⁷⁷. Pero Agustín supo ir elevando la amistad para no dejarla en la pista meramente terrena. Por eso en las *Confesiones*, evocando al anónimo amigo de la infancia, definirá la amistad con palabras de raigambre bíblica: «No hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú aglutinas⁷⁸ entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»⁷⁹.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² «... ipsum etiam Alypium, fratrem cordis mei, subegeris nomini unigeniti tui domini et salvatoris nostril Iesu Christi» (*Ibid.*, IX,4,7).

⁷³ *Ibid.*, VIII,6,13.

⁷⁴ *Ibid.*, IX,3,6.

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ «Quos utique amicos gratis diligebam vicissimque ab eis me diligere gratis sentiebam» (*Confesiones*, VI,16,26).

⁷⁷ Cf. IV,8,13.

⁷⁸ Es posible que al escribir el verbo *agglutinas*, a Agustín le viniera a la mente el texto de la Sagrada Escritura citado arriba para describir la amistad de David y Jonatán: «Anima Ionathae *conglutinata* est animae David» (1 Sam 18,1).

⁷⁹ «Non est vera, nisi cum eam tu agglutinas inter haerentes sibi caritate diffusa in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis» (*Confesiones*, IV,4,7. Cf. Rm 5,5).

6. Alusión a la Edad Media

Dando un salto hasta la *Edad Media*, encontramos en los siglos XII y XIII algunos tratados sobre la amistad. Destaca el *De spiritali amicitia*, que escribió el abad inglés *Elredo de Rieval* –Rielvaux– (1110-1167). Lo dirigía a sus monjes cistercienses del monasterio de esa localidad. La obra aparece con el género literario del diálogo, al estilo del *De amicitia* ciceroniano. A esas páginas del orador y pensador latino, Elredo le debe no poco en su tratado. Él mismo confiesa en el prólogo que le vino a las manos el diálogo de Cicerón cuando estaba en plena juventud y nada le parecía más agradable que el amar y el ser amado⁸⁰. Pero sobre todo tachona sus páginas de referencias a la Sagrada Escritura y a los Santos Padres, particularmente a San Agustín y a San Ambrosio. El escrito comienza afirmando que la amistad espiritual se da entre tres, no entre dos: «He aquí que estamos tú y yo. Espero que el tercero entre nosotros sea Cristo»⁸¹. Amistad, por ende, no sólo humana, sino teologal. Y caracteriza así esta acendrada amistad: «La amistad que con toda verdad merece el nombre de espiritual no comienza con la búsqueda de utilidad temporal ni en ninguna otra cosa exterior. El corazón del hombre la desea por la dignidad intrínseca de su naturaleza, y su fruto no es otro que ella misma»⁸². Y conectando también con la definición ciceroniana de la amistad, escribe: «Así que la amistad espiritual se da entre los buenos por la semejanza de vida, costumbres e ideales, que no es otra cosa que el “consenso de las cosas humanas y divinas con benevolencia y caridad”»⁸³. Tal enunciado de la amistad le parece a Elredo suficiente, con una condición: que sea simplemente *caridad*, con todo el significado cristiano del vocablo, no simplemente haciéndolo sinónimo de benevolencia, como en Cicerón. Y eso por esta razón: purificarla de todo vicio: «Ut ab amicitia omne vitium excludatur»⁸⁴. En una amistad tal es en la que mora –comenta el abad, pagando ahora tributo a Salustio– el «idem velle atque idem nolle», que va escalando los peldaños de la dulzura, sinceridad y suavidad, hasta llegar a lo más sagrado: «Donde se encuentra una amistad tal, allí se da el querer y no querer lo mismo, que es verdaderamente tanto más agradable –*dulcius*– cuanto más sincero; tanto más suave,

⁸⁰ Cf. *De spiritali amicitia*, I,1.

⁸¹ *Ibid.*

⁸² *Ibid.*, I,45.

⁸³ «Amicitia itaque spiritalis inter bonos, vitae morum, studiorumque similitudine parturitur, quae est in rebus humanis atque divinis cum benevolentia et caritate consensus» (*Ibid.*, I,46, con la cita de M.T. Cicerón, *De amicitia*, 20).

⁸⁴ *De spiritali amicitia*, I,47.

cuanto más sagrado»⁸⁵. Y prosigue, advirtiendo que en ella no se puede dar nada indigno ni indecoroso: «Sic amantes nihil possunt velle quod dedecet, nihil quod expediat nolle»⁸⁶. «Quod dedecet»: el *dedecus* –deshonor, vergüenza– a que alude el santo nos traslada al concepto sinónimo de la *turpitudō* –«res turpes»⁸⁷, que en las reglas negativas de Cicerón para a la amistad, exigía romper automáticamente con el amigo si incurría en tales comportamientos indecentes. Según Elredo, la amistad debe estar aliñada con cuatro elementos: *dilectio*, *affectio*, *securitas*, *iucunditas*⁸⁸. Además de las sabias consideraciones sobre esta virtud, acude, como otros autores cristianos, al consabido ejemplo de David y Jonatán⁸⁹: «O praeclarissimum verae amicitiae speculum! Mira res!»⁹⁰.

También por esos mismos años *Pierre de Blois* –*Petrus Blesensis*– (c.1135- c.1211) publicó un librito titulado *De amicitia Christiana*, en que recogía sobre esta virtud muchos pensamientos tanto de las Sagradas Escrituras como del mundo clásico, sobre todo de Cicerón.

7. Al rescate de la amistad

Hasta aquí el recorrido por varias regiones literarias y filosóficas de la amistad. Hemos estado rastreando el tesoro. El viaje ha sido rápido y forzosamente incompleto; más de reconocimiento superficial del terreno –casi a vista de pájaro–, que de ahondamiento en él. Quedan otros muchos parajes por explorar, sobre todo en las diferentes literaturas posteriores a la Edad Media. Ellas darán nuevas tonalidades a ese valor humano. No era cometido de estas líneas invadir esas lindes. Aun así, hemos *sobrevolado* paisajes maravillosos. Y, ante todo, hemos *valorado* la amistad, uno de los nervios imprescindibles de la *humanitas*.

Queda a la vista que hemos hallado el tesoro codiciado: la amistad. Un valor que ha sido esencial en la cultura grecorromana, troqueladora de Europa. Tesoro que representa también lo mejor del cristianismo: la amistad hecha caridad. Sin amistad se nos cae el humanismo de Grecia y de Roma.

⁸⁵ «Ubi talis est amicitia, ibi profecto est idem velle et idem nolle, tanto utique dulcius, quanto sincerius; tanto suavius, quanto sacratius» *Ibid.*, I,48.

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ Cf. arriba, n.2.

⁸⁸ Cf. *Ibid.*, III, 51.

⁸⁹ Cf. *Ibid.*, III,92-96.

⁹⁰ *Ibid.*, III,92.

Sin amistad no hay cristianismo, pues el mandamiento nuevo del amor lo constituye esencialmente.

Valor que, en las últimas décadas, parece nublarse: el amigote —por definición, interesado y arribista— atenta con desplazar al amigo auténtico; al amigo, simplemente y sin adjetivos.

Pero es aún más preocupante que hoy algunos grupos amparados en ideologías sesgadas quieran envenenar el concepto mismo de la amistad. Pretenden incluso tragarse en el remolino homosexualista buena parte de los ejemplos y caracterizaciones más elevados de amistad que han dado la historia y las letras humanas. Por ejemplo, la fuerte amistad entre los recios Aquiles y Patroclo ha quedado ya distorsionada en la serie *Troya, la caída de una ciudad*. Se trata sin duda de una lectura gratuita, si no aviesa, a la que no respalda para nada el cuadro que presenta la *Iliada* de Homero. Y en el marco de esos grupos en pro del homosexualismo, las otras parejas de amigos del mundo mitológico grecorromano también reciben idéntica interpretación: Orestes y Píldes, Niso y Euríalo... Pero sin mayor reparo, llegan también a contaminar con esa ideología las mismas páginas bíblicas. David y Jonatán son para ella, a todas luces, una pareja homosexual. ¿Es que una expresión como «Tu amor era para mí más dulce que al amor de las mujeres» no describe y prueba hasta qué altura puede llegar la intensidad de la amistad de dos hombres, capaz incluso de superar el amor a la mujer y el amor matrimonial? Una amistad así de intensa ¿no se puede dar sin que haya relación carnal? La respuesta negativa que dan a esta última pregunta fuertes grupos de presión hace pensar que trastocar así no sólo la amistad humana, sino la antropología y la misma teología sólo cabe en espíritus viciados de antemano por una concepción ideológica subyugante.

Y lo que es irrespetuoso: llegan a pasar por su crisol ideológico la amistad de Jesús con Juan, sobre todo cuando éste, con tanta confianza y sencillez, se recuesta sobre el pecho de Jesús en la Última Cena. No hablemos ya del cristal distorsionante con que leen hasta las preguntas del Maestro a Pedro en la alborada de Tiberíades: «¿Me amas más que éstos?, ¿me amas?». No hay que extrañarse luego de que otras parejas de amigos como la de Agustín y el compañero anónimo de la infancia, o la de Basilio y Gregorio, les huelan al mismo caldo ideológico que ellos han cocinado gratuitamente. Confesiones, definiciones o apuntes que tanto ensalzan la amistad en nuestra cultura —repasados arriba— quedan también arrollados por el mismo torbellino. ¿Dónde van a parar, en la hermenéutica de estos colectivos, frases ya reseñadas como expresión de la amistad más cabal y acendrada: «Hermanos por amistad, no por nacimiento», el amigo que contempla al otro «como modelo de sí mismo», «mitad de mi alma», «parte de mi alma», «un alma en dos cuerpos»,

«hermano de mi corazón», «amigo dulcísimo y suavísimo»...? Un mosaico tan elevado lo miran desde una visión tendenciosa elaborada con la alquimia de la ideología homosexual. Ésta fuerza y retuerce las amistades más elevadas legadas del pasado para que respondan, de todas todas, a su esquema doctrinario y a su peculiar manifestación de amistad, como se atreven a llamarla. Nunca es justificable que el código de vida afectivo-sexual que puedan llevar algunas personas en su relación con otros del mismo sexo —la llamen o no amistad— haga que los más sublimes testimonios y enseñanzas de la amistad cosechados en más de veinte siglos se vean ahora lastrados por el homosexualismo. Esa sesgada interpretación subversiva de la historia de la amistad parece amparar y fortalecer el más que discutible pensar y actuar de esos grupos ideológicos. Así quieren convencerse de que las parejas de amigos más famosos y fieles de la historia se han debido a homosexuales, declarados o no.

Al extremo han llegado de buscarse un santo como protector y abogado de su colectivo. Y le ha caído el papelón al pobre monje inglés san Elredo de Rieval. Sin duda por haber redactado el tratado *De spiritali amicitia* y, además de eso, por haber sido luego un santo reconocido por la Iglesia. Duro precio el del abad de Rielvaux. A esas mentes no les ha importado el adjetivo de *espiritual* que lleva esa amistad desde el mismo título del diálogo; tampoco que el buen abad escriba con claridad frases ya recordadas: «Hay que excluir de la amistad todo vicio», «los que se aman no pueden querer lo que sea indigno» —como pedía el mismo Cicerón en su *De amicitia*—, o la amistad que «con toda verdad merece el nombre de espiritual no comienza con la búsqueda de utilidad temporal ni en ninguna otra cosa exterior»... La ideología puede incluso llegar a reírse de la verdad.

A esta mentalidad no le entra en la cabeza que un amigo pueda ser, para su amigo, alguien íntimo, dulce, fiel y generoso, prescindiendo totalmente del trato sexual. Es un prejuicio radical, por el que el *querer* de la ideología destruye y sustituye el *ser* de la historia y de la realidad, tan pobladas, ayer y hoy, de testimonios de amigos cabales y leales que no cayeron en torpezas sexuales mutuas.

No podemos ceder la *primacía* de la amistad, entre otros valores de nuestra cultura, a la *dictadura* de ideologías que barren a quien no acepta sus tesis convenencieras. Hay que rescatar la amistad y restituir al amigo el puesto de honor que ha tenido en el espíritu de Occidente y en el mundo judeocristiano, so pena de quitar a nuestra cultura y al cristianismo uno de sus arcos torales.

La amistad, el amigo, deben seguir siendo un tesoro.

El amigo auténtico. «El que lo encuentra halla un tesoro». ¡Sobrada razón lleva la Biblia!